

La explosión demográfica que ha experimentado la población mundial en los últimos lustros; las condiciones infrahumanas en las que vive buena parte de esa población; la incorporación de comarcas, e incluso países, a eso que podríamos llamar regiones urbanas, en vista del porcentaje de población que vive en ciudades; el éxodo de la población rural a los núcleos de población ciudadana por razones que no son del caso analizar, son algunos de los motivos que han provocado una necesidad de construcción de viviendas como no se ha producido en ningún otro momento histórico.

Una técnica en creciente estado de madurez, un capital global mundial capaz de financiar interminables e inútiles sangrías, una proliferación de Escuelas Técnicas que vuelcan anualmente cientos de técnicos "preparados para servir a la sociedad", constituyen un caldo idóneo para afrontar con éxito la solución del problema del "habitat".

Que en vista de todo esto, y dentro del ámbito de la arquitectura, la vivienda ocupe un lugar preeminente en España no es algo de lo que haya que sentirse excesivamente orgulloso, máxime después de lo que vamos a intentar ver en lo que sigue.

Pero tan evidente como las mismas condicionantes del problema es que su solución, al menos en nuestro país, no se ha obtenido.

Esta afirmación, dolorosa y sin duda para muchos sorprendente, necesita explicarse y basarse en lo que para nosotros es fundamental, a saber: delimitar qué se debe entender por vivienda, o lo que es lo mismo, establecer cuáles son las necesidades humanas que debe satisfacer la vivienda.

El confusionismo, unas veces ingenuo y las más provocado, que existe al respecto en nuestro país es grande.

Cada uno de los diversos grupos de presión financiadores de viviendas que existen en España se ha preocupado, concienzudamente y empleando toda suerte de publicidad a su alcance, que es prácticamente toda, en demostrar que su "producto" es el más genuino representante de lo que "debe" ser la vivienda. Y es de justicia reconocer que la alienadora presión de la publicidad ha obtenido resultados sorprendentes en esta cuestión.

Pero estas viviendas suelen resultar ser una máscara que oculta su verdadero objetivo: servir los particulares intereses de sus promotores.

Pero no se piense que esos intereses son exclusivamente económicos.

Hay unos, de mayor trascendencia, que tienden a hacer perdurable el estamento social que los produce mediante la imposición de un tipo de vivienda que es patrimonio de él, provocando un subconsciente deseo de mimesis social en sus obligados moradores.

Otros intereses pretenden presentar a la vivienda como la culminación de un ciclo de supuestas conquistas sociales, anquilosando toda ulterior apetencia.

Es obvio que la vivienda es una urgente necesidad a satisfacer en el mundo actual, pero lo que aquí queremos decir es que esa necesidad ha sido aprovechada y utilizada muy hábilmente para fines bastardos.

Los intereses económicos son también muy complejos, y van desde el directo lucro de la venta hasta el más indirecto de la tecnología, mediante la sutil introducción de materiales cuyo control pertenece a las mismas manos que el de las viviendas, pasando por el no menos productivo de ofrecer fraudulentamente una calidad no existente.

Podríamos decir, con juicio benévolo, que el problema de la vivienda se ha pretendido resolver en España ofreciendo soluciones parciales, castradoras y anuladoras de la fundamental condición que debe cumplir una construcción que pretenda llamarse vivienda, a saber: que posibilite el desarrollo libre de la personalidad individual y comunal de todos y cada uno de sus moradores y que técnica y funcionalmente esté bien resuelta.

La parcialidad de las soluciones ofrece dos vertientes divergentes:

- a) vertiente cuantitativa,
- b) vertiente cualitativa,

dedicadas a estratos distintos de la sociedad.

El poder castrador se ha orientado contra las tres cualidades formadoras, inherentes a toda vivienda auténtica:

- a) cualidad anuladora de diferencias sociales,
- b) cualidad fomentadora de valores individuales,
- c) cualidad estimuladora de formas de vida abiertas y libres.

La vertiente cuantitativa representa la construcción masiva de viviendas, sin otro objetivo que su cantidad.

La repetición abrumadora de tipos, pretendidamente justificada por la estandarización de la construcción, confundiendo lamenta-

blemente la auténtica prefabricación, llena de posibilidades cuando se concibe y maneja bien, con una pseudoprefabricación, no conducente a una mejor y más asequible construcción, sino a colocar en el mercado unas piezas de limitadísimas aplicaciones, aunque de amplísimos beneficios, y que en el fondo delatan el espíritu mediocre y desaprensivo de sus realizadores.

La deficiente calidad de la construcción, justificada hipócritamente como un mal menor en aras de la cantidad.

La ubicación de los conjuntos de viviendas, más una consecuencia de una arbitraria especulación del suelo que de unas premisas urbanísticas, teóricamente conocidas, pero prácticamente ignoradas en la mayoría de los casos.

En vista de todo esto, cabría preguntarse: ¿De qué puede valer construir cientos de viviendas si éstas imponen una asfixiante presión a sus moradores tanto por su insuficiente superficie como por su obsesionante repetición, su ínfima calidad y su segregada situación?

Es evidente que la presencia de una gran cantidad de esas viviendas aparenta resolver el problema, y que en cierto modo puede haberlo paliado, pero ¿cuáles serán las consecuencias de encerrar a una buena parte de la población urbana en esos "ghettos" organizados?

Creemos que más que resolver el problema lo difiere, elude su auténtica solución y se lo endosa, agravado, a futuras generaciones, las que, ante la imposibilidad de deshacer lo hecho, tendrán que transigir, produciéndose una auténtica frustración colectiva.

La vertiente cualitativa ofrece unas características muy distintas, derivadas de que precisamente el estamento financiador de las viviendas es el mismo que el que las disfruta, a diferencia de las viviendas que resultan de la vertiente cuantitativa. De esta manera, estas viviendas están abocadas a convertirse, consciente o inconscientemente, en el estandarte, en la publicidad y, en definitiva, en la defensa de una clase.

La calidad, siempre deseable cuando es auténtica, se convierte aquí en una neurótica necesidad que exige exhibirse ostentosamente; no importa tanto que esté bien hecho como que se vea que lo está, e incluso aun sin estarlo que lo parezca, porque la calidad, al quedar degradada por confundirla con los productos de elevado coste, es más productiva si se ofrece falseada.

El "status" social a quien van dirigidas estas viviendas precisa que en todo momento quede bien patente su poder adquisitivo. El "fachadismo" y el "portalismo" son sus secuelas lógicas; y así la vivienda se nos aparece como un brillante portavoz de una amplia capacidad de consumo.

La calidad pasa de ser un fin, como consecuencia de un mejor diseño, de unos mejores materiales y de una mayor perdurabilidad, a ser un medio cuya verdadera finalidad no es la calidad misma, sino la representatividad que se deriva de su uso.

El mayor lujo de la vivienda se reserva, con mucha frecuencia, a los espacios con una especial proyección pública: portales, vestíbulos, terrazas... La vivienda pasa de ser un objeto de uso a ser un objeto de consumo. Estas viviendas, de hecho, más que vivirlas se exhiben.

Pero esta exhibición no se conforma con proyectarse al exterior, y así, en un aspecto tan secundario dentro de la arquitectura como es la decoración, se llega a límites en los que el narcisismo y sensualismo de los cuartos de baño se mezcla con un evocador mobiliario de épocas imperiales, insinuador de la "superioridad" y "antigüedad" de sus moradores.

Cantidad de viviendas y calidad en las mismas son dos objetivos universales; pero cuando estos conceptos se separan y se prostituyen para servir a fines ajenos a su misma naturaleza, se convierten en objetivos y privados y particulares, de los que se benefician únicamente una reducida minoría de la sociedad.

Hasta aquí hemos apuntado algunos aspectos negativos que se han presentado en España al pretender resolver el problema de la vivienda con parcialidad, aspectos que podríamos definir como de "lucro y autoafirmación de una clase"; es decir, aspectos que afectan, por sus consecuencias, a la totalidad de la sociedad.

Veamos ahora otros que hacen agresión a la esencia misma de la vivienda y a través de ella, al hombre como individuo y que podríamos englobar bajo el encabezamiento general de aspectos "castradores de la persona".

La vivienda, que no es más ni menos que un espacio apto para albergar la vida del hombre, debe garantizar que esta vida tenga posibilidades de desarrollarse al máximo.

Pasando revista de una manera conjunta al panorama que nos ofrecen los dos esquemas de viviendas más característicos de nuestro país, es decir, los que son producto de la vertiente cuantitativa y los de la vertiente cualitativa, obtendremos una colección de condicionantes opresivas que constantemente están ejerciendo una castradora acción sobre el hombre.

Una promiscuidad acústica y espacial, verdadero asalto a la privacidad.

Una distribución rígida y en compartimientos estancos, poco apta para un modo de vida abierto y cambiante.

Una repetición de esquemas convencionales, aunque brillantemente presentados algunos, con sugestivas epidermis, gracias a la colaboración de algunos arquitectos.

Una desoladora mediocridad y ramplona concepción del espacio y de su plástica envolvente, atrofiando la capacidad perceptiva del habitante de la ciudad.

Un vulgar y abigarrado concepto de lo estético, propio de esquemas mentales sin cultivar.

Una arcaica, y en muchos casos degradante, presencia de zonas para "el servicio".

Una ostentosa enfatización de espacios que tienen un marcado carácter de representatividad: comedor, salón (concebido como

zona de recibir, no como zona de estar), portal, vestíbulo..., a lo que podríamos llamar "fachadismo privado", invirtiendo el verdadero espíritu de la vivienda y anulándola como espacio fecundador de la privacidad.

Una responsable desproporción, en las viviendas de la vertiente cuantitativa, entre las zonas de vida íntima y las zonas de vida comunal, en favor de aquéllas, justificada porque lo que vende las viviendas es el factor cama, y a la que habrá que inculpar, en su día, de graves trastornos sociológicos.

Una total imposibilidad de interacción entre diversos grupos sociales, agudizando sus diferencias y frustrando un contacto enriquecedor.

Una casi total ausencia de servicios públicos en una concepción contemporánea, o al menos provistos con retraso y deficiencia, lo que equivale a privar al hombre del disfrute de una parte de la cultura tecnológica, pese a ser un contribuidor a su creación.

Un desprecio hacia la posible y necesaria participación del hombre en la creación del medio ambiente, tanto en lo que concierne al espacio interior como al exterior, haciendo que se sienta cada vez más alejado y desarraigado de su impuesta ecología. Esta participación, de la que ahora solamente podemos apuntar su necesidad, pero sobre la que merecería la pena insistir, es una de las claves para afrontar seriamente el problema del "habitat".

¿Qué consecuencias de desarrollo se pueden derivar de este estado de cosas? En unos casos, concretamente en los usuarios de las viviendas-cuantitativas, la aparición de profusión de desequilibrios psíquicos de repercusión sociológica incalculable es ya un hecho. Porque "al diseñar viviendas deberíamos ampliar las instalaciones hogareñas en la proporción debida al incremento del ocio o del tiempo reinvertible que se producirá. Lo que antes se llamaban "hobbies", entretenimientos, etc., se convertirán en empresas culturales, vitales y recreativas", y las viviendas que nos ocupan no proporcionan, en modo alguno, semejantes servicios, pues apenas si tienen el carácter de refugio a donde se puede regresar transcurridas las horas de trabajo.

La vivienda debe ser, por tanto, uno de los centros básicos para lograr un desarrollo cultural del hombre; pero las viviendas, por llamarlas de alguna manera, concebidas con el criterio cuantitativo, sitúan a sus usuarios en una insalvable inferioridad de condiciones para poder acceder a un discreto y humano nivel cultural.

En el caso de las viviendas cualitativas, la aparición de un estrato social triunfalista y satisfecho, que por su espíritu de defensa se hace inmovilista, estrangulando el proceso de la sociedad, o al menos retardándolo, es la consecuencia más patente y de mayor trascendencia.

Estas viviendas permanecen marginadas de la cultura actual; tanto en su concepción como en su amueblamiento viven de espaldas a un concepto vivo de la cultura, no pudiendo esperarse de ellas ninguna aportación cultural seria. Si las viviendas cuantitativas proporcionan un medio en el que la cultura no encuentra

posibilidades de crecimiento, es decir, son ámbitos ausentes de cultura, excepto la precaria cultura del televisor, más un medio de controlarla que de crearla, las viviendas cualitativas son recintos en los que constantemente se puede asistir a una verdadera vejación de la cultura.

Todo en ellas es inauténtico y en desacuerdo con la cultura, desde el planteamiento conceptual de la vivienda, sin ninguna relación, e incluso en verdadera oposición, con el modo de vida hacia el que nos movemos, pasando por el agresivo lujo que las preside, verdadero insulto para nuestro mundo, y por el cúmulo de pastiches e imitaciones estilísticas que abarrotan su interior.

Una vivienda inauténtica, pues su nacimiento no obedece a verdaderas necesidades socio-económico-culturales del presente, sino a unas equívocas necesidades de un substrato social, culturalmente inoperante.

Una vivienda inútil, pues no solamente no estimula la vida en lo que de movimiento y problemática tiene ésta, sino que la anquilosa y la constriñe en un entorno cerrado y muerto.

Una vivienda sin belleza, pues a ésta no conviene confundirla con el académico "buen gusto" de una élite dictaminadora a perpetuidad sobre lo que es bello o no.

Nada de particular tiene que el hombre, encerrado en este fuerte caparazón, esté cada vez más aislado del devenir de la sociedad, se margine progresivamente de ella y se convierta en un parásito cultural.

La ciudad así se está convirtiendo en el mayor centro de corrupción del hombre libre, corrupción que no le llega por los caminos habituales, sino por uno por el que transita a diario: por la degradación de su propia casa. Degradación que ofrece dos versiones, material y cultural en un caso, el de las viviendas cuantitativas, y cultural solamente en el otro, el de las viviendas cualitativas.

Dos evidencias se van haciendo cada vez más patentes para los que conservan un mínimo de capacidad de juicio: la primera, que la construcción del entorno ecológico del hombre no puede seguir permaneciendo en manos privadas, sean éstas económicas o sociales, pues las soluciones que se obtienen de ellas no satisfacen las necesidades de desarrollo cultural de la sociedad, sino solamente las necesidades del desarrollo del bienestar, y para eso exclusivamente las de una pequeña fracción de ella, y la segunda, que se hace precisa la participación del hombre anónimo en la planificación y programación de la vivienda, mediante consultas colectivas, que permitan obtener unos datos estadísticos de base real y mediante la concesión de una gran libertad de acción a cada usuario en la distribución de la vivienda, dado un esquema estructural y de servicios fijo.

Pero no nos hacemos ilusiones; el poder seductor de la sociedad del bienestar, con su máximo exponente a la cabeza, la vivienda, ejerce una poderosa atracción sobre el ser humano. Y la minoría que rige los destinos del "habitat" lo sabe.